

á mis ojos la convexidad blanda de su pechuga y á mi nariz el perfume barato que usaba, me dijo con tierna voz: «Yo sí que le admiro á usted hace tiempo, señor don Tito. El discurso irónico que pronunció usted en Durango es una pieza oratoria por la que merece el título de Cicerón humorístico. ¡Con qué gracia se burló el orador de aquel público de abutardas católicas y de gansos absolutistas! Cien veces he leído su plan de *Imperio Hispano-Pontificio* relamiéndome de gusto. Tiene usted mucho talento, señor Tito. Está usted llamado á ser pronto un hombre público eminente al par que ilustre pensador.»

Un ratito estuvimos incensándonos mutuamente, cambiando alabanzas, gratitudes y mil floreos empalagosos... Atardecía. Se iba aclarando la piña de los contertulios de don Santos. Uno de los señores graves desfiló, dejando tras sí una estela de necedades sentenciosas; el otro agarró un periódico. Yo aproveché la clara para concertar con mi amigo lo que más me interesaba. Convinimos en que al día siguiente iríamos juntos al Ministerio para que me extendieran la credencial y tomar posesión del cargo lo más pronto posible. En esto la señora se despidió de nosotros. «Tengo que ir—nos dijo—á la tienda de Clement... ahí, calle de Carretas, donde ahora estará, seguro, seguro, mi Rufino comprando las corbatas que quiere llevarse á Badajoz para hacer el pollo en aquella culta ciudad. Hemos quedado en vernos allí: son las cinco. Me temo que si no estoy presente

escoja las formas y colorines más estrepitosos. Tiene mi marido un gusto de mil demonios. Si le dejo, sale á la calle hecho un guacamayo...» Al despedirse agotó su arsenal de remilgos, ojeadas y meneos para ofrecerme su casa, su persona, en el concepto literario y político, aceptándome como auxiliar ó comadrón para los futuros alumbramientos de su fantasía. Viéndola salir por entre las mesas, pude apreciar que era pequeña de cuerpo, gordezuela y fofa, viva de andadura, suelta de ademanes, y tan desahogada de lengua que á lo largo del café iba disparando dicharachos á un lado y á otro.

Dejadme tomar aliento para que pueda contaros, con la debida pausa y sentido, dos hechos muy importantes que van entrelazados estrechamente en esta veraz historia. El uno es el caso y circunstancias de mi metimiento afectivo con doña Candelaria. El otro es la ruidosa y descomunal crisis del 24 de Febrero, á los trece días del establecimiento de la República. ¡Aún no asábamos y ya pringábamos!

III

Por no cansar á mis buenos lectores con prolijidades impertinentes, omito el empalagoso tramitar que me llevó á la intimidad con la estrafalaria señora del café de las Columnas, á quien podía designar escogiendo *ad*

libitum cualquiera de los tres nombres que le aplicaba la turbada sociedad de su tiempo: *Penélope* por lo masónico, *Rosa Patria* por lo literario y *Candelaria* conforme al santo Crisma.

Tres días mal contados, incluyendo entre ellos el de la partida de su esposo para Badajoz, me bastaron para posesionarme de su hogar modesto y amenizar en él mis días tediosos y agasajar mis noches heladas. Noticias pocas y precisas os daré de la familia de Candelaria. Componíanla sus tres crías, dos varoncillos pequeños y una chavalá graciosa y parlera que ya rayaba en los ocho años; y su madre doña Belén, matrona espigada, tiesa y diligente, que llevaba el gobierno de la casa. Por la buena mano de esta mujer, su pulcritud y vivacidad, la casa estaba bien apañadita, y sólo tenía trazas de leonera el gabinete en que había instalado su laboratorio poético y prosaico la fecunda y jamás cansada propagandista. Gracias á la providente abuela, los niños andaban bien cuidados y limpios, la comida siempre á punto, y en la casa no sufrían grave ofensa la vista y el olfato.

Despojada del *doña* que le ponía la vecindad, Belén estaba más en carácter y lucía en toda su plenitud las cualidades domésticas. En elogio suyo debo decir que á su hija idolatraba, creyendo que había venido al mundo para desacreditar y extinguir la raza de las mujeres ñoñas, encogidas, pánfilas y santurronas. La densidad analfabética de su cerebro no le dejaba espacio más que para la ad-

miración del portentoso talento de Candelaria. Se maravillaba de verla escribir con desenfrenado rasgueo de pluma, y cuando los garrapatos ó patas de mosca volvían de la imprenta transformados en letra de molde, que la pobre señora entendía tanto como si fuera escritura chinesca, contemplábalos atónita cual si fueran arte de magia ó brujería. «No sé á quién sale esta chica—decía,—porque el bailarín de su padre, que esté en gloria, no escribía más que con los pies.»

La idea extremadamente lisonjera del mérito de Candelaria excluía en la madre toda severidad. A fuerza de admirar el talento, no paraba mientes en las flaquezas de su hija, ni en sus desórdenes y extravagancias, que la diferenciaban de todo el personal de su sexo en aquella época. Creía Belén que andando los años y siguiendo en aquel ajetreo de pluma adquiriría *Rosa Patria* fama universal, reinando al fin, por la fuerza de su entendimiento, sobre la turbamulta de hombrachos enclenques y desaboridos que mangoneaban en la sociedad. Sin participar del delirante optimismo maternal, yo veía en *Penélope* algo extraordinario que se cernía sobre sus extravagancias, sobre su inquietud ratonil, su mala prosa, sus versos ripiosos y cojitrancos. Lo que me agradaba en ella era su valentía, su desprecio de la vigente organización social y la desvergüenza, en cierto modo graciosa, con que daba la cara á las rechiflas y burletas de las demás señoras y aun de muchos hombres.

Cuando la intimidad abrió el sagrario de sus secretos artísticos, *Rosa Patria* me dió á conocer todo el material inédito de sus obras poéticas, así los ensayos balbucientes como las odas pindáricas y laberínticas, con tendencias patrioterías, y la verdad, todo ello me pareció medianejo. La prosa, menos mal: aunque deslavazada, tejida de lugares comunes, se dejaba leer. Sus apóstrofes campanudos y sus chupinazos finales buscaban la emoción del lector ingenuo, y cumplidamente lo conseguían. Mi posición junto á ella obligábame á mostrarme admirador de tal fecundidad farragosa; lo que yo realmente estimaba era, como antes digo, la bravura desaprensiva con que se adelantaba medio siglo al curso de la Historia. Guardábame yo de decirle que predicaba para gentes que aún tardarían un rato en nacer. Mi egoísmo mantenía en su ilusión mentirosa, recreándose tan sólo en los atractivos personales de aquella singular *Diosa Razón*. Me encantaban su linda dentadura, los hoyuelos de sus mejillas, sus negros ojos, el donaire ó garabato que en su rostro picante corregía ó retocaba la dudosa hermosura.

Completaré la figura de Candelaria con unas pinceladas psicológicas. Era vanidosilla, ligera de cascos y de buen corazón. Un sólo rencor turbaba la placidez de su carácter. Odiaba sencillamente á su marido, á quien tenía por el más vulgar de los hombres, cominero, figgón, refractario á toda poesía y á toda literatura. De aquel odio participaba doña Belén, y cuando hija y madre

se ponían á contar las impertinencias y chinchorrerías del tal don Rufino, acababan pidiendo á Dios que le tuviera hasta la eternidad en Badajoz ó en el quinto infierno.

Una sola vez vi yo al marido de mi amiga en su casa, disponiéndose á partir para Extremadura, y me pareció persona insignificante, soplado de presunción, sin que lograra con su hinchada tiesura disfrazar su crasa vulgaridad. Era regordete, adiposo; se pintaba el bigote, según decían, con el tizne de la sartén, y su cabeza encanecida abultaba mucho por la gran cantidad de aglomerada estopa que tenía dentro. Discurría trabajosamente, cual si pensara las ideas, y de sus labios salían perezosas y lentas las palabras como gotas de aceite. Habitudo á la somnolencia de las oficinas, no sabía más que atar y desatar los farragos expedientiles. Entre los varios papeles que la sociedad reparte para la representación de la humana comedia, don Rufino escogió el más apropiado á su vacío cacumen, el papel de *hombre serio*, y lo desempeñaba compitiendo con los más acreditados guardacantones.

El ridículo funcionario se burlaba estúpidamente de su mujer, que sin poseer dotes excepcionales era junto á tal zopenco un prodigio de la naturaleza. Candelaria se cobraba de aquel menosprecio injusto proclamando á voces que su esposo era una excelente bestia para tirar de un carro ó dar vueltas á una noria. Nunca pude entender cómo existió noviazgo y matrimonio entre dos criatu-

ras tan diferentes. Alguien me indicó después que ello fué obra del difunto padre de la escritora, del cual se dijo que, bailarín consumado, tenía los juanetes en el entendimiento.

Cuando Candelaria y yo llegábamos á una intimidad que no había de ser duradera, frecuentaba la casa uno de aquellos varones graves que vi junto á don Santos La Hoz en el café de las Columnas. Era un pobre hombre que, después de haber consumido sus mejores años trabajando en varios periódicos como redactor financiero, andaba rondando la naciente República y haciéndonos el oso para ver si cogía un destinejo, como los que gozó en tiempo de González Brabo. Los que esto lean reconocerán á don Basilio Andrés de la Caña, que en la redacción de un diario ya fenecido desmenuzaba el presupuesto del Gobierno, y acumulando cifras á su antojo armaba el mazacote del presupuesto de oposición, para uso de cuatro papanatas que sin leer sus artículos, semejantes á una pared de ladrillo, le dieron fama de hacendista y diploma de hombre serio. Era de abultada presencia, calvoroto, nariz cortísima, poco mayor que una almendra, y montadas sobre ella unas gafas de présbita muy fuertes.

Andaba mi hombre á la sazón flaco de bolsillo y desguarnecido de ropa. Buscaba un cocido y algo más, principio y postre; y no había tecla que no tocase para remediar sus atrasadas escaseces. Antigua era su amistad con los progenitores de Candelaria, y lejos

de burlarse de ésta, la mimaba, alentaba sus aficiones, y con sanos y cariñosos consejos quería guiar sus talentos por el camino de la seriedad. Entre tanto no se descuidaba en admitir las invitaciones que hija y madre le hacían para que cenase ó comiese con ellas. Más de una vez nos reuníamos los cuatro en torno á la mesa, bien abastecida de sabrosos manjares caseros. De las innumerables majaderías que oí al don Basilio una y otra noche transcribo algunas para ornamento de esta historia:

«Fíjate en lo que te digo, Candela. Ya sabes que te quiero paternalmente y admiro tus bellas facultades. Lo que has escrito estos días está muy bien. Tu imaginación chispea; tu sensibilidad imprime calor á los pensamientos. Atinadísimo lo que dices de *la libertad igual para todos*, del derecho al trabajo y á la educación, del gobierno por el pueblo y para el pueblo, de abolir la pena de muerte, las quintas y el estanco de la sal. Pero todo eso, que es lindísimo y tornasolado, no será eficaz mientras no tengamos un buen sistema de hacienda y un rigor escrupuloso en las prácticas administrativas. Escríbenos una serie de estudios sobre cuestiones tan amenas como los Derechos Reales, el Catastro, la unificación de las Deudas, la circulación fiduciaria, los Bonos del Tesoro, etc., etc. Tu pluma galana puede presentar estas cuestiones bajo prismas brillantísimos y hasta poéticos. Tú puedes dar encanto á las materias más áridas, como por ejemplo, á la extinción de

la langosta, al enyesado de los vinos y á las relaciones del Tesoro con el Banco... De esto y de todo lo relativo á la Hacienda te daré cuantos datos necesites, cifras, cálculos...; te haré un presupuesto verdad, no como los que presenta el Gobierno.»

Si en algún punto de la perorata mostraba Candelarita cierto escepticismo chancero, al fin la vi como contagiada de la seriedad del sabio profesor de finanzas. La vivaracha propagandista entraba por todo, y era capaz de poner en octavas reales los presupuestos del Estado. Otro día llegó el ciudadano De la Caña desconcertado y asustadico, trayéndonos la noticia de la crisis del primer Gobierno de la República. Leed aquí sus palabras, que revelaban una emoción triste, casi fúnebre: «Vean ustedes lo que pasa, y pásmense como yo. A los trece días de instaurada la forma republicana ya la tenéis en peligro de muerte. Este señor Martos, en connivencia con los Ministros procedentes del *amadeísmo*, y que hoy se llaman Radicales, quiere arrojar del Gobierno á los republicanos Pi, Salmerón, Figueras y Castelar. Aunque esto es un desavío para mí, porque ya mis amigos habían recabado del señor Echegaray mi colocación en Hacienda, me tengo por hombre sincero y justo, y sostengo que el designio de Martos es á modo de un golpe de Estado. Ya sabéis que yo soy muy claro y que gusto de poner los puntos sobre las íes. Afirmo, pues, que lo que quiere mi don Cristino es una dictadura. ¿Te has enterado tú, Candela,

de lo que es dictadura? Es el gobierno de un solo hombre, sin más ley que su voluntad ó su capricho. Agarra la pluma, hija mía, y enjareta un artículo condenando los desenfrenos de la ambición, el fanatismo del yo...»

Como don Basilio dijese, entre otras cosas, que había gentío y tropas en el Congreso, abandoné corriendo la casa (Costanilla de los Desamparados) para leer en la vía pública la página histórica. Esta no fué sangrienta, ni siquiera de mediana emoción. En la plaza de las Cortes me encontré á Rojo Arias, que me introdujo en el Congreso. Apenas di algunos pasos hacia el Salón de Conferencias, rodeado me vi de amigos que me refirieron el argumento de la ópera cómica cuya representación había empezado. En el despacho presidencial y en el de los Ministros hormigueaban los hombres públicos, y entre uno y otro departamento cruzábanse mensajes, recados y comisiones portadoras de recetas y formulillas emolientes. Parte de la tropa requerida por Martos se agazapaba en el sótano, y otra parte permanecía en la calle, dispuestas á sostener lo que don Basilio llamaba *el fanatismo del yo*.

A media tarde oí decir que á don Cristino no se le cocía la torta de la dictadura. Una cosa era predicar, como él lo hacía, con soberbio estilo, y otra dar la cara á los hechos con bravura y agallas. No adelantó nada con llenar de tropas los Ministerios de Gobernación y Hacienda; sus propios amigos, viendo que el Presidente de la Asamblea quería conducir-

les por los bordes de un precipicio, echáronse atrás, dieron la razón á los republicanos, y el fiero complot terminó con un frío desenlace de lamentaciones, disculpas y alguna que otra nota jocunda. La Milicia Nacional republicana se echó á la calle en defensa de los suyos; pero no hubo necesidad de romper el fuego, porque dentro de la Cámara quedó Martos domado y vencido, aunque guardándose para mejor ocasión sus pinitos de Bonaparte. A prima noche, cuando volví á mi casa, supe la solución de la crisis. Continuaban los cuatro Ministros republicanos; á Echegaray substituyó Tutau; á Córdoba, Acosta; á Beránger, Oreiro; don Eduardo Chao y don Cristóbal Sorní entraron en Fomento y Ultramar.

Sin inquietarme gran cosa del cambalache de Ministros, fuí á ver á Candelaria, á quien no encontré. Dijome su madre que habia ido con don Santos al Club de la calle de la Hiedra, donde el tema de la crisis convocó á toda la turbamulta exaltada y parlera. No estaba yo de humor para soportar el ambiente caldeado de aquel hervidero de pasiones, y me lancé á recorrer los barrios del Sur, desde Santa Isabel á las Vistillas. Sentía yo en mi ser por aquellos días una como evolución de mis gustos y costumbres. Me agradaba sobremanera la vagancia por calles, travésias y plazuelas, viendo rostros que aun siendo desconocidos me parecían familiares, recogiendo al paso jirones de diálogos, apóstrofes ó frases picarescas, tropezando con grupos amorosos, secreteantes, ó con pendencias

y ruidosas broncas. Esta deambulacion solitaria me avivaba el entendimiento y me sugería ideas luminosas con más vigor que pudieran hacerlo las tertulias de amigos y las lecturas más interesantes.

Retirábame á mi casa fatigado, alta ya la noche, y al otro día, á la hora reglamentaria, iba puntualmente á mi oficina en Gobernación, pues me complacia ganar mi sustento, y el trajín burocrático no me desagradaba. Destináronme á la Secretaria particular del Subsecretario, don José de Carvajal, á quien muchos de los que me leen habrán seguramente conocido, hombre de gallarda y noble presencia, hermosa cabeza, perfil semítico, lengua barba espesa, ademanes señoriles y trato muy afable. Si en la tribuna lucía como brillante orador, en la conversacion privada cautivaba por su amenidad, dición correcta, y un ceceo blando y meloso. A todos los que allí le servíamos nos trataba con miramiento, y á mí me distinguía particularmente, atribuyéndome cualidades que no tengo, y colmándome de elogios cuando interpretaba á su gusto los trabajos epistolares de mi incumbencia.

Aunque muy á gusto con jefe tan simpático, aspiraba yo á prestar mis humildes servicios lo más cerca posible de Pí y Margall, por quien sentía veneración fanática. El mismo Carvajal me deparó lo que yo deseaba, enviándome al despacho del Ministro para redactar urgente correspondencia. Halléme, pues, frente al santo de mi mayor devoción,

el cual, visto de cerca, modificó la idea que de él tenía yo y conmigo el vulgo. No era un hombre glacial; no era la estatua de la reflexión imperturbable como parecía indicarlo la escasa movilidad de sus facciones, su austera faz, su barba gris, su boca sin sonrisa, y sus anteojos que aguzaban la penetración de la mirada.

Era en verdad el apóstol del federalismo un hombre afectuoso, reposado, esclavo del método. Lo primero que me encargó fué algunas cartas citando á su despacho á varios personajes, y otra para don Eduardo Benot, con mayor extensión y conceptos más delicados. Cuando le llevé ésta la corrigió, hizo casi de nuevo, redactándola de su puño y letra. Llegada la hora de tomar alimento, llamó á un ordenanza para que le trajeran del café Oriental su almuerzo, el cual, según después observé, era el mismo todos los días. En la propia mesa de su despacho le sirvieron una chuleta con patatas, una ración de queso Gruyère y un vaso de cerveza de Santa Bárbara. Cuando vino el mozo del café á recoger el servicio, don Francisco le pagó de su bolsillo, y seguimos trabajando.

IV

Toda la marejada, todos los dimes y diretes que se produjeron entre la Asamblea Nacional y el Gobierno, cuando éste quiso disolver las Cámaras para convocar Cortes Constituyentes, se iban reflejando en el despacho de mi Jefe, y aunque yo no presencié las frecuentes entrevistas con Figueras, Salmerón, Orense, Estévanez y otros primates de la República, se vió bien claro que los federales ganaban la partida. Martos, con su guerrilla de cimbríos, quedaba por segunda vez vencido. El 4 de Marzo se leyó en las Cortes un Proyecto de Ley, suspendiendo las sesiones y convocando las Constituyentes para el 1.º de Mayo. La Asamblea Nacional debía continuar deliberando hasta votarse definitivamente las Leyes de Abolición de la Esclavitud, de las Matrículas de Mar y sostenimiento de cincuenta Batallones Francos.

Aunque en Gobernación había yo visto á mi amigo Estévanez más de una vez, rabiaba por encontrarme con él á solas para oír de su boca opiniones y juicios que me orientaran acerca de la situación. Una tarde le visité en su morada oficial, y me recibió tan alegre y afable como antes, cuando me refería sus andanzas facciosas en Sierra Morena. En

la puerta de su despacho vi el cartelito que le dió fama en aquellos días y que revelaba en don Nicolás tanto ingenio como entereza. El papelito, pegado con obleas, decía *mutatis mutandis*: *Aquí no se dan destinos, ni recomendaciones, ni dinero, ni nada.* Hablando con mi amigo de esta humorada, me dijo riendo: «No creas, Tito, que se compone de republicanos la nube de pedigüeños. Son más bien los cesantes de los partidos viejos, el detritus de la política, los innumerables moscones aburridos y famélicos que hacen imposible la vida oficial. He tenido que ahuyentarlos con esa tufarada de azufre. A pesar del cartelito vuelven, zumban y pican.»

Las numerosas y pesadas visitas que el Gobernador recibía no le permitieron platicar conmigo todo lo que ambos deseáramos. Volví por la noche, y comiendo juntos pudimos charlar largo rato. No me franqueó, como era natural, el arca de los secretos graves que sin duda poseía, pero algo me dijo que puedo comunicar á mi buen público. Copiaré sus palabras para mejor inteligencia: «No soy grato á todo el patriciado del republicanismo. Algunos, que me han tratado á fondo, no desconfían de mí; otros me tienen por agitador levantisco que por un quitame allá esas pajas se lanza á vías de hecho... Ya me irán conociendo. Yo les conozco á todos, y sé que en los republicanos de gran talla no es todo concordia. Hay entre ellos resquemores, ce-leras...»

Como juicio general de la situación me dijo

esto: «En los sucesos á que dió lugar la ambición de Martos, se inició un síntoma malo que podrá tomar proporciones peligrosísimas si á tiempo no se le sofoca. Tenían los Radicales preparado en Barcelona un pronunciamiento de bajo vuelo contra la República. ¿Por qué se malogró el movimiento? Porque la tropa no quiso obedecer á los jefes. Dicen que ha sido la indisciplina contra la indisciplina; ó de otro modo, que los leales han sido los soldados y clases. Verdad; pero roto el nervio del Ejército, que es la subordinación, no sabemos á dónde esto podrá llegar... Militarmente hablando, querido Tito, la situación es débil y lo será más si no sale un caudillo... Yo te pregunto: ¿sabes tú dónde está ese caudillo?»

Ambos callamos meditabundos... No sé si fué aquel día ú otro cuando me contó los disparates que los corresponsales venidos de París enviaban á la prensa francesa. Uno de ellos dijo en su periódico: «La República ha caído en un desenfreno espantoso. Castelar se ha visto obligado á nombrar Gobernador civil de Madrid á un *monsieur Estevanéz* que se lo exigió navaja en mano. Este *monsieur*, muy conocido en las tabernas, no sabe leer ni escribir.» Otro corresponsal, por cierto amigo de don Eduardo Chao, mandó una crónica razonable; pero en París, para dar color romántico y medioeval á las cosas de España, la retocaron con estos monstruosos chafarrinones: «Madrid es una ciudad de la Edad Media, sin alumbrado público, salvo los faroles morte-

cinos que alumbran imágenes religiosas, esculturas en general de imponderable mérito; porque hay hornacinas, algunas muy artísticas, en todas las callejuelas... Ayer pasó por la Puerta del Sol un batallón de Nacionales, cuya banda de música, por cierto notabilísima, tocaba la Marsellesa. El público se descubría respetuosamente al pasar los gastadores vistiendo el hábito de San Francisco.»

En el desempeño de su cargo desplegaba don Nicolás una diligencia y celo admirables. Visitábale yo con frecuencia, y una noche advertí que se acostaba con las botas puestas, por la necesidad de acudir prontamente á cualquier tumulto que surgiese en la vía pública. Apartado de toda lucha activa, me concretaba yo á cumplir mis deberes burocráticos y á presenciar con tristeza el desconcierto que en todo el país reinaba. Los radicales precedentes del amadeísmo dieron á conservadores y alfonsinos el ejemplo de socavar la situación. El carlismo presentaba cada día nuevos focos de guerra. Los generales de la República eran pocos y malos. Todo el generalato de cuartel era hostil al régimen republicano. En Madrid, que considerábamos como resumen de los sentimientos de la Nación, rara vez veíamos caras que no expresasen una desconfianza severa de nuestros mal comprendidos ideales. Las noticias de Cuba traían mayor zozobra al ánimo turbado de los españoles de todas clases. A mi parecer, la media docena de hombres que simbolizaban el nuevo sistema de Gobierno, lucían

como faros luminosos en la esfera del ideal; mas en la acción se apagaban sus indecisas voluntades.

En el correr de los días de Marzo fueron menos frecuentes mis visitas á Candelaria Penélope. Leí sus furibundos ataques á *La Roma Papal* y unas *Consideraciones sobre la equidad tributaria*, escritas en prosa poética y seguramente inspiradas por don Basilio Andrés de la Caña. Este logró ser colocado en la Dirección de la Deuda por el señor Tutau, feliz acontecimiento que nos libró del acoso y majaderías pretensioniles del sesudo financiero, quien al fin encontraba la caverna burocrática que por derecho de seriedad le correspondía.

Como ya os he dicho, me fuí retirando *por escalones* de la intimidad de *Rosa Patria*, no porque su persona me disgustara, sino porque se me hacía muy penosa la obligación de alabar sus escritos, y más aún la de colaborar en ellos. Para romper este vínculo de carácter periodístico y literario tenía que romper también el amoroso, y ello vino tan bien concertado por la suerte que poco tuve que hacer para recobrar mi libertad. Una noche, nos enredamos en agria disputa sobre los reparos que puse á un articulazo que ella escribió con el título *El Papado en camisa*, y á una poesía truculenta que denominaba *Ven pronto, guillotina*.

Mis prudentes razones la pincharon en lo más sensible de su vanidad. Rabiosilla, me dijo que yo era un ignorante y que mis ideas

no iban con las del siglo. Contestéle con acrimonia. De palabra en palabra llegamos al espasmo de la ira... De súbito, agarró Candelaria el tintero y me lo tiró á la cabeza, causándome el doble estropicio de levantarme un chichón en la frente y de mojarme de tinta toda la cara y la parte visible de mi alba camisa... Supe contenerme, y aunque me había puesto como un calamar, vi en tal ultraje más ridiculez que afrenta. Llenándome de filosofía me agarré á la profunda sentencia de uno de los siete sabios de Grecia, Bias, que legó á la humanidad todo su saber en este consejo: *Aprovecha la ocasión.*

Tomando actitud de severa dignidad, me levanté y le dije: «Señora; mi caballerosidad me ordena que sólo conteste á usted con una retirada silenciosa. Adiós.» Frenética, respondió Candelaria con chillidos, y en esto entró la tarasca de doña Belén, vociferando como una endemoniada y lanzando sus manos disformes al alcance de mi cara. Entre sus gritos pude distinguir estos conceptos: «Vaya usted de aquí, silbante. Ya le tengo dicho á mi niña que se apañe con un hombre, no con un mico desaborido, gorrón y más tronado que arpa vieja. Váyase á llenar el buche á otra parte, don Titiritaño de los demonios.» Salí combinando la dignidad con la prisa para librarme de las manos de aquella bestia desmandada. Candelaria me despidió con bramidos mezclados de un reír espasmódico. Oí estas frases: «Adiós, pigmeo; busca una pigmea que te sufra... Lárgate pronto, Calomár-

de... jí, jí... *pae* Claret... jí, jí... piojo de la reacción... jí, jí...»

Corrí á mi casa á mudarme de ropa, y cuando cenaba, sin apetito, Ido del Sagrario me dió una noticia muy desagradable. El marido de Obdulia, destinado á Filipinas, había salido ya para Barcelona llevándose á su mujer... Empapada mi alma en el recuerdo de Obdulia, y perseguido por su cara imagen, me lancé á la calle, que era mi alivio y mi descanso en las horas nocturnas, hastiado de las conversaciones ociosas y de la turbulencia social. Arrojárame yo en el laberinto de las calles como en los brazos de una madre cariñosa. Trotando á ratos, moderando el paso cuando me acomodaba, recorría largas distancias entre sombras de muros y claridades de tiendas, oyendo las voces ó el hálito no más de la vida matritense. Me metí aquella noche por la calle del Olmo, pasé á la del Calvario; no sé cómo entré en Ministriles, donde sentí tras de mí pisadas que me parecieron las de Obdulia... Me volví, y era un clérigo que me fué siguiendo hasta la calle de Lavapiés.

Con marcha irregular llegué á la plazuela de Lavapiés, donde me detuve ante un grupo de hombres que disputaban en alta voz. Uno de ellos exclamó: «¡La República para los republicanos!» Al entrar en la calle del Triplete pasé por una taberna á punto que salían de ella estas voces: «Para generales, Contreras. No hay otro como él.» Poco más allá, dos mujeres gordas le decían á un guardia de Orden Público: «¿Por qué no *afusiláis*

á ese Martos?» Andando, andando, me metí en la calle del Amparo. Subiendo por ella, vi que bajaba un hombre... ¡Ay; era Aquilino de la Hinojosa!... Cuando ya estaba cerca me detuve como cortándole el paso. El también se paró cual si quisiera reconocermé. No era *Jinojo*, y sentí que no lo fuera. Nos flechamos con fugaz mirada recelosa, y él siguió calle abajo, yo calle arriba.

Continuando mi ronda entré en un estanco, pienso que en Mesón de Paredes, á comprar cigarrillos. En el breve rato que allí estuve, rasgaron mi oído estas palabras, que dijo la estanquera hablando con otra mujer: «Se fueron á Filipinas, sí señora; pero al llegar á Barcelona... lo sé por la Ciriaca... ella se le escapó, y el muy judío tuvo que embarcarse solo.» Me detuve anheloso de oír algo más; pero se interpusieron otros compradores y me quedé *in albis*. Medio trastornado volví á la calle, y al salir á la plaza del Progreso vi una mujer, dos mujeres, grupos de mujeres, y todas ellas me parecían reproducción fiel de Obdulia, ó más bien la propia Obdulia multiplicada... Giré en torno mío; di pasos adelante, pasos atrás, y atontado tuve que agarrarme á la verja del jardinillo para no caerme... Repuesto de aquel mareo, me dirigí como una flecha hacia la calle de Barrionuevo, donde Aquilino vivía y de donde seguramente salió el matrimonio para su viaje á Barcelona. Me asaltó la idea de que en dicha calle podía yo encontrar algún indicio... Recordándola dos ó tres veces en toda su lon-

gitud, así pensaba: «Y esa Ciriaca que ha dado la noticia, ¿quién será? Ciriaca, ¿dónde estás?»

Convencido de la inutilidad de mis pesquisas, me metí por la Concepción Jerónima. Pasé por delante de la tienda y casa de mi ex-barragana María de la Cabeza Ventosa de San José. ¡*Oh tempora, oh mores!* La tienda estaba cerrada. En uno de los balcones del principal había luz. ¿Qué estaría tramando la que fué mi señora y tirana?... Del portal salieron dos señores en quienes reconocí á don Francisco Bringas y á don Plácido Estupiñá. Eran los contertulios de Cabeza en la era feliz de mi prepotencia en la casa... Pasaron sin reparar en mí. Pesqué al vuelo esta gangosa frase de uno de ellos: «Y Zorrilla en Tablada. Tráiganlo de una vez, que si no, vamos á tener aquí la hecatombe hache...»

Seguí hasta la calle del Sacramento, que siempre me cautivaba porque allí vivió mi Obdulia cuando estuvo al servicio de la señora Marquesa de Navalcarazo. Pisando las aceras de la calle solitaria vibraba en mi oído la tierna voz de Obdulia, repitiendo aquella frase patética y un poquito cursi: *Si oyes contar de un naufrago la historia...* De pronto me encontré junto á una boca de alcantarilla, abierta, por la cual salía una ronda de poceros que terminaban su servicio en aquellas profundidades. Uno de ellos, calzado con altas y gruesas botas, estaba ya fuera; otro, al asomar la cabeza y hombros por el agujero, soltó estas palabras: «*Vus* lo digo otra vez. La República tiene que ser para los republica-

nos.» Y en lo hondo del pozo, otra voz subterránea repitió: «Sí, sí; para los republicanos.»

Al llegar á la iglesia del Sacramento vi que de la calle Mayor descendían sigilosos, como negros fantasmas, algunos embozados, y se precipitaban en la obscuridad del Pretil de los Consejos. «Estos son masones—me dije—que van á *la Tenida* de esta noche.» En efecto, algunos pasos más arriba me encontré á Nicolás Díaz Pérez, calificado como una de las más altas dignidades entre *los Hijos de la Viuda*. Nos paramos, y él, desembarazando su boca del embozo, me dijo: «Tú que estás en Gobernación, ¿no sabes lo que pasa en Barcelona? Desde hace días la tropa, pasándose la disciplina por las narices, fraterniza con los federales en cafés y paseos públicos. La plana mayor y jefes, aburridos y sin agallas, no se atreven á imponerse á las clases y soldados. O no hay lógica, ó pronto tendremos Cantón Catalán. Adiós, amigo; que voy retrasado y no quiero llegar tarde al *Templo*. A ver cuándo se decide usted á *penetrar en nuestros augustos misterios*. Buenas noches, Tito.»

No sé qué le respondí, y continué mi camino sin prisa y sin rumbo. Por la calle del Factor me dirigí hacia el Teatro Real. En la plaza de Isabel II me senté fatigado en un banco del jardinillo, frente á una estatua fea que tenía una careta en la mano. Al poco rato, sentí la atracción del lugar histórico y me acerqué á la tienda de cristales junto á la

Costanilla de los Angeles, que aún conservaba las señales de las balas que unos ridículos demagogos dispararon contra el pobre don Amadeo. Con Obdulia presencié yo el imbecil conato de regicidio. Al día siguiente del suceso, se me apareció *Mariclio* en la puerta de aquella tienda, y hablando familiarmente con ella tuve el gusto de acompañarla hasta la Academia de la Historia. ¿Dónde estaba la santa y buena Madre? ¿En qué rincones ó burladeros escondía su clásica persona? Imposible que dejara de conocer y calificar las turbulencias del terrible año que corriamos, pues para tal oficio y menesteres habíanla dado el sér los altos Dioses. Si andaba por acá, infatigable en su fisgoneo sublime, ¿por qué á su lado no me llamaba, por qué no requería los servicios de su leal muñeco?

Esta idea se posesionó de mi cerebro con tal intensidad, que perdí el gobierno de mi mente y el aplomo de mi andadura. La cabeza se me iba; mis piernas temblaban; no sabía dónde poner los pies, como si el suelo se moviera con ondas semejantes á las del agua agitada por viento leve. En tal estado avanzaba por la calle del Arenal, no muy concurrida en aquella hora, pues había salido ya el público del Teatro de Oriente. Los quiebrós que yo hacía y las eses que iba trazando debieron sorprender á los pocos transeuntes, porque sentí risas burlonas... Indudablemente el suelo se movía, la tierra temblaba; no por oscilación telúrica, sino por tremendos golpes que daba sobre ella el pisar de un

sér invisible, que por la pesadumbre de sus pies debía ser tan grande como la vieja torre de Santa Cruz... Con esta sugestión terrible, precedido de los pasos de la figura gigantesca sustraída por arte mágico á la visión humana, llegué á la Puerta del Sol; avancé por ella tambaleándome, porque allí los pasos formidables del ingente fantasma imprimían al suelo una trepidación honda y convulsiva...

El invisible caminante, que era sin duda como una montaña con pies, se dirigió á Gobernación. No acierto á expresar mi asombro cuando sentí, no puedo decir vi, que la pesadilla andante entraba en el Ministerio. ¿Por dónde, si aquella puerta no tenía cabida para uno solo de sus talones?... Yo también entré tropezando, y en la escalinata del zaguán caí desvanecido. Un guardia civil y un portero acudieron en mi auxilio. Bajó en aquel momento un telegrafista amigo mío que me llevó á mi casa.

V

Cuando yo caía en mi camastro al término de una de estas largas y fatigosas peregrinaciones que solían acabar en desvarío sonambulesco, lo mismo que soltaba mi ropa dejándola á un lado, soltaba mis imaginaciones y pensamientos, echándolos de mí uno tras otro, hasta caer en profundo sueño. Dormía,

descansaba, y al despertar la siguiente mañana, antes que la ropa volvían á mí las ideas de la noche anterior. Primero llegaba una, después dos ó tres rondaban mi cerebro, y al fin iban entrando todas. Pensé yo entonces que durante mi sueño las ideas y los hechos pasados velaban en torno mío, esperando que yo despertase para volver á su jaula.

Levantéme un día con sin fin de cosas imaginarias y reales dentro de mi pajarera cerebral. No me pidáis que puntualice el día, porque en mi mollera entra cuanto existe menos las fechas. Nunca he podido disciplinar, ya lo sabéis, el dietario de los acontecimientos, sobre todo cuando no son de esos que llevan bien determinada la efemérides... Pues señor, me fuí á la oficina á pesar de ser domingo, y al entrar me dijeron los compañeros que el Ministro, don Francisco Pí y Margall, se había pasado la madrugada anterior agarrado al telégrafo. ¿Qué pasaba? Pues que los rumores de alzamiento en Barcelona se habían confirmado. Ya sabíamos que la tropa, dominada en absoluto por los Comités federales y convertida en instrumento de la Diputación provincial, aspiraba nada menos que á proclamar el Estado Catalán.

Al instante vió nuestro jefe los gravísimos inconvenientes de tal precipitación. No se podía consentir que los pueblos establecieran por sí y ante sí el régimen federativo, anticipándose á lo que era facultad y obra de las Cortes Constituyentes, aún no reunidas. De